

«llamais á los trabajadores para imponerles nuevas cadenas.» Alberto Richard le sigue, y formula con no ménos claridad sus ideas. «El remedio á los males de esta sociedad se encuentra en la posesion colectiva del suelo.» Faclart es el más fanático. Sus palabras están dictadas por una grande exaltacion: «Si no sois ateos, parareis lógicamente en tiranos. En lugar de ser una liga para emancipar á los pueblos, sereis una santa alianza contra las revoluciones. Antes que conservar cosa alguna de la antigua organizacion social, quiero las irrupciones de los bárbaros.»

El Congreso de Berna, representante fiel de la democracia, de la República, de la federacion, en ninguna manera podia aceptar semejantes doctrinas. Hubiera ahogado la obra, que tuvo entre sus profetas al Dante, y á Lutero; entre sus filósofos á Descartes y á Loke; entre sus Bautistas á Voltaire y á Rousseau; entre sus soldados á Wasingthon y á Hoche, hubiérala ahogado en el polvo del materialismo nihilista. En cuanto los demócratas rechazaron estas doctrinas, alzóse airado el publicista moscovita, congregó á los suyos, dirigió algunas amenazas á los que llamaba republicanos formalistas, y abandonó el salon de sesiones, diciendo que exclusivamente se consagraba desde aquel dia á los trabajadores

y á la solucion del problema social por el colectivismo.

Efectivamente, un año más tarde se verifica el importante Congreso de trabajadores en Basilea. Bakounine ha cumplido sus amenazas, ha infundido la idea comunista rusa en las venas de los trabajadores occidentales. Sus teorías se reducen á las siguientes: 1.ª destruccion de todo estado político; 2.ª sustitucion del Estado político por las asociaciones de trabajadores; 3.ª liquidacion social; 4.ª propiedad colectiva de la tierra; 5.ª apropiacion en comun de todos los instrumentos de trabajo; 6.ª ateísmo en religion, materialismo en filosofia.

¿Estas teorías aceptadas por una gran parte de los trabajadores europeos, provenian de alguna de esas naciones que han recorrido la civilizacion en todas sus fases, de alguna de esas Universidades que han agotado la ciencia en todas sus profundidades? No. Provenian de las estepas de Rusia, de tribus podridas antes de estar maduras, de inteligencias atormentadas por sombras que oscurecen cuanto alcanzan, de sectarios rusos, perdidos en el desierto, ajenos á todo nuestro movimiento científico, y que huyendo de la intolerancia de su Iglesia y de las tiranías de sus bárbaros czares, se precipitaban resueltamente en el nihilismo, en verdadero suicidio de la conciencia y del alma.

## CAPITULO XIX.

### LA ESCUELA DE LOS ESLAVÓFILOS.

La teoría de Bakounine obedece en el fondo á un sentimiento análogo al sentimiento de los eslavófilos. Estos sectarios creen su raza la raza elegida de la libertad, cómo los judíos creían á su pueblo el pueblo elegido de Dios. En el corazon de tales patriotas solo existen ideas repulsivas, no ya á la dominacion, sino á la influencia extranjera. Creeríase que estaban sometidos como estuvieron los húngaros y los polacos, descuartizados como están aun los pueblos de Polonia, ¡ellos, los dominadores y los tiranos de tantas nacionalidades muertas! La idea de los eslavófilos rusos nació al calor del misticismo, en el seno de la Santa Alianza, cuando los reyes exaltados por sus victorias, y los pueblos febriles por sus batallas, creían extinguidas las ideas revolucionarias y posible la restauracion de la Edad Media con sus aristocracias teocráticas y militares, sus reyes-soldados, sus pontífices mediadores entre Dios y los hombres, entre los cielos y las grandes potestades de la tierra. Entonces toda una escuela, llamada

romántica, coincidía con estas tendencias de los déspotas, y dábase en Alemania á levantar más allá de la invencion de la imprenta y del descubrimiento del Nuevo-Mundo; más allá de la predicacion de Lutero y de la ironía de Cervantes; más allá de las estatuas de Miguel Angel y de los cuadros de Rafael; más allá de este Renacimiento, que habia devuelto su calor al espíritu, su justo imperio á la naturaleza; una sociedad que los románticos creían católica y caballeresca, cuando en su esencia era militar y sierva. Arrastrados de estas tendencias arcáicas, los hijos de Bohemia, opresos por el Austria, levantaron sus brazos al Emperador Alejandro, en nombre de la comunidad de sangre, en nombre de la sangre eslava. A tal clamor los rusos se acordaron de que ellos eran tambien eslavos, hermanos de los oprimidos; y Alejandro, alemán, hermano de los opresores. Y un movimiento hácia los tiempos precedentes á la dinastía alemana, se pronunció en Rusia. Para estos arqueólogos, la religion



rusa, heredera del espíritu griego que ha sido el espíritu verdaderamente metafísico y dogmático del cristianismo; la raza eslava con su carácter emprendedor, con su nerviosa y femenina sensibilidad, unida á energías verdaderamente varoniles, con su talento asimilador en el cual todas las ideas penetran sin desnaturalizarlo como penetran los jugos de la tierra y el oxígeno del aire en la sangre; las tradiciones municipales del campesino ruso, que se administra con verdadera independencia y vive en perfecta comunidad de intereses, bases son de verdadero crecimiento político, social, interrumpido por un germanismo cuyos emperadores con sus soldados mecánicos y sus burócratas-máquinas, han puesto sobre las espaldas de un pueblo atrofiado en su juventud, la plúmbea capa de una cultura tocada ya de irremediable decadencia. La ciudad rusa verdaderamente es la ciudad oriental, es la ciudad de las doradas cúpulas, es la ciudad cabeza de la antigua Moscovia, es Moscow; en tanto que Petersburgo, fundada cerca del mar y á orillas del Neva, para aspirar más pronto las ideas y recibir más pronto la sangre de los germanos, es la ciudad, que ha sobrepuesto á las instituciones y á la vida eslava un imperio de extranjeros, el cual obliga á una raza de libres á ser en su aristocracia como una turba de cortesanos; y en su democracia como una manada de siervos. Restaurar el eslavismo, hé ahí toda la idea de los rusos tradicionalistas. Y la idea de Bakounine es análoga, es dominar al Occidente, á esta tierra donde las más altas instituciones han sido formuladas por los filósofos, y ensayadas por los pueblos con la doctrina nihilista, nacida en la yerta inmensidad de las estepas, que jamás producirán uno de esos profetas maravillosos como Cristo, y Moisés y Mahoma, engendrados por los caldeados desiertos del Asia y del Africa, por las riberas luminosas del Mediterráneo, el mar de las artes y el mar de las ideas; y bajo el nihilismo, especie de teología dogmática de la desespe-

ración producida por la servidumbre, extender la municipalidad rusa con sus tierras en comun, ó sus repartos de tierras en lotes, como todavía sucede en la India, lo cual puede ser principio de una civilización en mantillas, pero no idea, no esperanza de una civilización como la nuestra, que ha llegado á su completa madurez, y que ha adquirido, ó está próxima á adquirir este supremo bien, la alianza del orden con la libertad, de la estabilidad con el progreso, de la democracia con el derecho, del individuo con la sociedad en el cielo inmortal de nuestros principios de justicia.

Este partido de los eslavófilos ó eslavonófilos, como otros les llaman, es un partido que tiene aun extrema influencia en los destinos de Rusia. Dentro de Rusia el eslavismo se dirige contra el influjo de Petersburgo y de su córte. Fuera de Rusia se dirige contra los austriacos que dominan á los etchecos, y los húngaros que dominan á otra rama de la familia eslava. En cuanto hay un conflicto entre Francia y Alemania, los eslavófilos se ponen de parte de Francia, porque Alemania es el blanco de todas sus iras históricas. Pero en realidad, por el contraste con sus tribus patriarcales, detestan toda la civilización de Occidente. Moscow debía ser la natural residencia de esta secta. Por los años de 1840 llegó á la Ciudad Santa un aventurero croata llamado Jaz, apelando al sentimiento ruso para que le defendiera y le amparara contra los opresores de la Dalmacia y la Croacia. Enorme suma fué entregada á este apóstol. En espléndido banquete ofrecido á su honor, pronunciáronse, y en verso, entre el choque de las copas estas terribles palabras: «Bebamos hasta embriagarnos sangre de magyares y de alemanes.» Un chusco, al oír este despropósito, acertó á desvirtuarlo con la siguiente salida: «Señores, perdon, voy á dejar á ustedes unos minutos. Mi casero es alemán, corro á matarle con este cuchillo de mesa, y vuelvo al instante.» En unos provocó á risa esta in-

geniosa broma, pero en otros de los asistentes á indignación, que de esta suerte se arraiga el fanatismo en Rusia.

Contra tal tendencia, que era funesta, reaccionaria, se levantó un hombre de extraordinario talento, Tchedayef. Corría el estío de 1838. Este hombre, dolorido, melancólico, incapaz de olvidar la multitud de desterrados, hundidos en las minas de Siberia, cuyos lamentos llevaba en los oídos, cuyas tristezas en el alma, ahogándose como ellos bajo la máquina neumática del despotismo, cogió nerviosamente la pluma y trazó al relámpago de su cólera la elegía de la desesperación moscovita. Para él esa Rusia tan alabada por los eslavófilos, no era más en el mundo europeo que una escepcion horrible, una laguna ponzoñosa, á cuyos deletéreos miasmas se había dormido la razón de todo un pueblo, y se había estancado la sangre de toda una raza. Esta especie de condenado al infierno ruso, que tenía el valor de escribir audaz protesta contra la eternidad de su pena, mereció que un gran poeta dijera de él: «en Roma hubiera sido Bruto, en Atenas Pericles; pero bajo el yugo despótico, no fué más, ni pudo ser más que simple oficial de húsares.» El Emperador, al ver un hombre de tanta audacia, un hombre que osaba insultarle, é insultar la nación, vínculo y mayorazgo de su despotismo, le hizo declarar loco oficialmente. Todos los sábados iban un médico y un alguacil á certificar que el grande escritor continuaba en estado de sinistria y monomaniaca demencia. El demente era un hombre de alta estatura, de aristocrático aire y finas maneras, vestido con elegancia, saludado por todos con respeto; un hombre, en cuya cara pálida como la cera, en cuyos ojos sombríos como un cielo del Norte, en cuyos labios contraídos siempre por amarga sonrisa, en cuya conversacion, bordada de epigramas, descubriase la imagen de inmenso dolor soportado con melancolía inexplicable, que unas veces le apartaba de la sociedad como á un eremita, y otras veces le sumergía

como á un náufrago en el oleaje de las pasiones y en las tormentas del mundo. Errante por las calles de Moscow, con el siniestro aspecto de un aparecido, ya se recluía en su interior y se callaba, como si hubiera renunciado á toda comunicacion de sus pensamientos, ya soltaba la vena satírica, y se reía á todo reír de la vida moscovita, de su servidumbre religiosa y social. Hay en Moscow una gran campana, que al primer toque se resintió, y hubo necesidad de quitarle el badajo. Esta gran campana sin lengua, era para el escritor liberal un símbolo de ese pueblo ruso, grande, inmenso, ocupando una parte considerable de la tierra, pero mudo, condenado á no tener ni una idea en su inteligencia, ni una palabra en sus labios sellados por el despotismo. Así Tchedayef atribuyendo esta esclavitud rusa á la religion ortodoxa, huía de los altares bizantinos y se abrazaba al catolicismo democrático predicado por Lamennais y Lacordaire, transformándolo con el naturalismo de Schelling, lleno indudablemente de ideas religiosas y hasta místicas. El Verbo había sido la encarnacion de la idea divina en la vida humana. El Verbo, la revelacion eterna del pensamiento por la palabra, había levantado la oscura conciencia humana, como una hostia luminosa en el templo del espacio, sobre el gigantesco altar del planeta. Y este inmenso territorio ruso, decia el escritor, hállase poblado por numerosísima raza, la cual se dá á sí mismo el nombre de eslava, un nombre que en su más genuina etimología, quiere decir palabra, cuando se halla privada del habla. En efecto, no puede comprenderse toda la virtud de la palabra humana, toda la fuerza y eficacia que para el progreso del mundo tiene este sonido, apenas articulado por los labios, y ya desvanecido en los aires, no puede comprenderse cómo penetra hasta el fondo de las inteligencias, cómo mueve y levanta la voluntad, cómo abre nuevos horizontes en el tiempo é inaugura nuevas edades en la historia, cómo convierte en hombres las petrificaciones de razas alcan-



zadas por el despotismo; no puede comprenderse este milagro, sino cuando se ven los medios á que apelan los tiranos para impedir la difusion de esa luz y de ese calor fecundantes; y el poder con que al cabo la palabra humana se sobrepone á todos, y soterra ella tan deleznable, tan lijera, tan ethérea á sus fuertes perseguidores con todos sus esbirros, y todos sus ejércitos. La palabra, dicha en el desierto, suscita siempre un Moisés; y los Faraones, que lo persiguen, que creen alcanzar con su espada al profeta, se anegan tristemente en el oleaje levantado por la palabra.

Así, cuando los hombres no pueden ejercitar su palabra, comunicársela mutuamente en los problemas políticos, religiosos, buscan un problema histórico, un problema arqueológico, y allí estallan las oposiciones de las inteligencias, y allí brotan las luchas de los partidos, y allí se encierran todos los términos de los sistemas sociales. De esta suerte me explico yo la existencia de los esclavófilos en Rusia, y la enemiga de sus contrarios. Los esclavófilos ortodoxos vienen á ser como nuestro partido tradicionalista. Y esta existencia de un partido tradicionalista en Rusia es un bien, porque provoca la existencia de otro partido contrario, de otro partido progresivo. Es la condicion esencial de la naturaleza humana. Jamás se planteará una idea sin que se plantee inmèdiatamente su contraria. De la oposicion de ideas y de la oposicion de fuerzas resulta en verdad á un mismo tiempo el equilibrio en la mecánica celeste y el equilibrio en la razon humana. Así la historia marcha entre radicales oposiciones hasta que las oposiciones se resuelven, y se elevan á misteriosas armonías. Mi aliento y el aliento de las plantas, que son opuestos, se necesitan y se completan. Con las oposiciones de las ideas sucede lo mismo. Pueden los pueblos acariiciar utopías sociales; pero los déspotas acariician utopías autoritarias. Y una de las mayores utopías autoritarias es conseguir la unidad de fé, la unidad de creencias religiosas y me-

tafísicas. Para esto han empleado sus aristocracias teocráticas, seguidas muchas veces de sus legiones de inquisidores. Y la naturaleza se ha vengado de tales utopistas alzando junto á cada dogma su heregía, junto á cada Iglesia su secta disidente, junto á cada pontífice su tribuno, junto á cada idea por una fuerza dialéctica incontrastable la idea radicalmente contraria. Y así junto á los esclavófilos ortodoxos y autoritarios nacieron los esclavófilos republicanos y socialistas.

Los ortodoxos tenían tres hombres que descollaban sobre todos; Komekof, el dialéctico; Kireyefski, el místico; Aksakof, el fanático. Komekof era un moscovita vigorosísimo de inteligencia y de carácter; en memoria prodigioso, en fantasía poeta, en argumentacion poderosísimo, en el debate incansable; pronto siempre á la pelea, último en la retirada, armado de silogismos y de invectivas, de tradiciones poéticas y de dilemas insalvables; ya encastillado en la ciencia, ya espaciándose en el misticismo; y cuyo único propósito se reducía á demostrar en todas sus conversaciones que la razon humana está tocada de incurable ceguera para conocer la verdad, y la voluntad humana de irremisible impotencia para cumplir el bien, no quedándole otro recurso en la tierra que acudir al auxilio de Dios, cuyo órgano es la Iglesia griega, depositaria del espíritu y de la divina palabra. Kireyefski con su hermano, representaba el misticismo, el éxtasis. Filósofos humanitarios un tiempo; horribles desventuras los habían lanzado al pié de los altares, donde padecían, se desesperaban como náufragos sobre escollos desiertos, que han huido de una muerte súbita para encontrar una muerte lenta. Eran como dos monges; corrían á las Iglesias, se arrodillaban al pié de las imágenes, absorbían su vista y su idea en la contemplacion, desvanecíanse en plegarias perfumadas de misticismo, y cuando habían concluido los piadosos ejercicios y se miraban uno á otro con los ojos enrojecidos por cálidas lágrimas, decíanse con mútuos

dichos: pronto se cumplirán nuestros únicos deseos, pronto llegaremos al descanso eterno de la muerte.

Aksakof representaba la accion. Su entusiasmo era tan grande que creía encontrar en los campos rusos el granito para fundar una sociedad perfecta; y en la reaccion hácia los tiempos verdaderamente rusos, el único medio de acerar el carácter y esclarecer la inteligencia de su raza. Por el ódio que á todo lo occidental sentía, iba vestido á lo moscovita, con pantalones anchos, recogidos dentro de botas de campana, túnica abrochada á lo campesino, alto gorro de pieles que le daba, como á Rousseau en sus postimeras extravagancias, el aspecto de un armenio ó de un persa. Llevando á extremos tan pueriles su patriotismo, no hay para qué decir cuáles serian sus odios á todo occidental. Pedro I, que había recorrido Inglaterra y Holanda en pos de civilizacion y de trabajo, le causaba invencible repugnancia, y no veía en él sino el perturbador de la vida rusa, el asesino como Felipe II de su propio hijo, el verdugo cruel que se gozaba en atormentar y rematar en persona á sus víctimas, el plagiario de Occidente, el fundador de Petersburgo, la ciudad anti-moscovita, la ergástula de los cortesanos, la fastuosa corte de los alemanes. Y si este horror sentía hácia Pedro I, sentíalo más intenso aun hácia Pedro III, hácia Catalina II, alemanes de nacimiento y origen, fundadores de la dinastía germánica que aun oprime á los rusos. La vida entera de Aksakof se compendia en la reivindicacion del espíritu nacional. Cuanto más estudiaba la historia

más crecía su fanatismo. La pasión le perturbaba. Su excesivo celo por la patria cegaba su clara inteligencia. Creía exclusivamente ruso el desarrollo de la vida popular, y era una ilusión tal creencia.

Los escandinavos constituyeron Rusia en principado; los mongoles en imperio; la ciudad de Nougorod ejerció un poder que pasó luego á Moscow, y Moscow lo guardó hasta que hubo de cederlo á Petersburgo. El tártaro, el cosaco, han llevado una grande variedad á la vida rusa. Y estas influencias del Oriente no podían ser las únicas influencias que formarían un pueblo tan grande, un imperio tan vasto como el pueblo y el imperio ruso. Acostumbramos á creer que solo en los pueblos meridionales se verifican las grandes irrupciones. Parécenos que la conquista se siente atraída por el aroma de nuestro azahar; por la claridad de nuestro cielo; por la magia de nuestras costas esmaltadas de reverberaciones deslumbradoras; por la belleza plástica de estas sirenas que se llaman Grecia, Italia, España, coronadas de grandes cordilleras, y mecidas por las sonoras ondas del artístico Mediterráneo. Pero la historia enseña que también las estepas glaciales, las noches eternas, las sombras caliginosas del Norte han sido atravesadas por irrupciones continuas: que de esta traslacion de las razas, de estas comunicaciones incesantes por el comercio y por la guerra, tarde ó temprano, resulta la vívida levadura de nuevos pueblos: Por consiguiente reintegrar á Rusia en su pristina esencia, como querían los esclavófilos, era un verdadero delirio.